

Termidor **León Trotsky** **Verano de 1927**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde L. Trotsky, *The challenge of Left Opposition (1926-1927)*, páginas 329-337, Pathfinder Press, Nueva York, 1980, con fuente en la Biblioteca de Historia Social de Nueva York; también para esta nota introductoria: Los paralelismos con la Revolución Francesa (en este caso, el peligro de un “Termidor”) habían ocupado los pensamientos de los bolcheviques casi desde la toma del poder. Trotsky había debatido esta cuestión en una sesión del CCC el 24 de junio. En julio,

Pravda publicó una serie de artículos de Maretsky, un discípulo de Bujarin, titulados “El llamado ‘Termidor’ y el peligro de la degeneración”, en los que se denunciaba el uso de la analogía por parte de Trotsky como una calumnia. Es posible que este memorándum se viera impulsado por esa serie de artículos, o que se redactara en relación con el pleno conjunto del CC y el CCC celebrado a finales de julio y principios de agosto.

Había muchas opiniones sobre la probabilidad de un Termidor soviético (lo que Trotsky denominaba “contrarrevolución a plazos”) y un animado debate en las filas de la Oposición persistiría mucho después de 1927. Ya en 1927, algunos miembros de la Oposición opinaban que el Termidor ya se había producido, mientras que Trotsky consideraba que no había sido así, aunque las tendencias que conducían a él se estaban viendo reforzadas por el ala derecha del partido.)

¿Puede producirse un Termidor en nuestro país? En *Pravda* han demostrado, con ayuda de citas, que no puede ser. Stalin dijo algo sobre la ignorancia de quienes hacen referencia al Termidor. Pero todo esto es erróneo; no da en el clavo.

Denunciar a la Oposición como una desviación pequeñoburguesa, como un reflejo del creciente elemento pequeñoburgués, y al mismo tiempo negar la mera posibilidad de un retorno “termidoriano” del régimen burgués, es no atar cabos. Significa cometer dos errores: al evaluar a la Oposición y al evaluar los peligros a los que nos enfrentamos en el proceso de nuestro desarrollo.

Antes de la introducción de la NEP y durante su primera fase, muchos de nosotros mantuvimos numerosas discusiones con Lenin sobre el Termidor. La propia palabra estaba muy de moda entre nosotros. A nadie se le pasó por la cabeza argumentar (con absurda pedantería o charlatanismo) que el Termidor era “imposible” en general, habida cuenta del carácter socialista de la revolución, etcétera, etcétera.

Al hablar del levantamiento de Kronstadt, Lenin dijo: “¿Qué significa [este acontecimiento]? Fue un intento de arrebatar el poder político a los bolcheviques por parte de una multitud heterogénea o una alianza de elementos mal combinados, aparentemente situados justo a la derecha de los bolcheviques, o tal vez incluso a su “izquierda”...

“Los elementos no afiliados a ningún partido sirvieron aquí únicamente como *punteo*, un *trampolín*, un *peldaño de una escalera*, sobre el que aparecieron las Guardias Blancas. Esto es políticamente inevitable” [en las *Obras Completas*, vol. 32, p. 184, figura una traducción inadecuada de este pasaje; el énfasis lo añade Trotsky].

Lo que ocurrió en Kronstadt, como sabemos, no se limitó a elementos ajenos al partido: muchos marineros que eran miembros del partido participaron en la revuelta. Junto con las personas ajenas al partido, modificaron el poder de tal manera que dejó de seguir la línea de clase.

La forma de termidor de Kronstadt fue un levantamiento armado. Pero, en determinadas circunstancias, un termidor puede acecharnos de una manera más pacífica. Si los kronstadtianos, tanto del partido como no afiliados al partido, pudieron retroceder a un régimen burgués bajo la consigna de los sóviets y en nombre de los sóviets, también

es posible retroceder a posiciones termidorianas incluso con la bandera del comunismo en las manos. Ahí radica la diabólica astucia de la historia.

¿Qué es el Termidor? Un retroceso de un peldaño en la escalera de la revolución (un ligero desplazamiento del poder hacia la derecha) como resultado de un cambio o ruptura crucial en la psicología de la revolución. En la cúspide, al timón, parecen estar las mismas personas, los mismos discursos, las mismas pancartas. Al día siguiente de Termidor, los participantes victoriosos estaban profundamente convencidos de que no había ocurrido nada catastrófico: simplemente se habían enfrentado a un grupo de “exlíderes” que se habían convertido en semilleros de confusión, alborotadores y cómplices “objetivamente” de Pitt, el chambelán de aquella época. Pero más abajo, se habían producido profundos reajustes en las fuerzas de clase.

Los elementos propietarios habían logrado para entonces recuperarse, recuperar su fuerza y armarse de valor. Se restableció el orden civil. Los nuevos propietarios deseaban por encima de todo que no se les impidiera gozar de los frutos de su propiedad. Ejercieron presión sobre el aparato estatal y los clubes jacobinos, muchos de cuyos miembros se consideraban también propietarios, gente de orden, y el partido jacobino se vio obligado a reorganizarse, a presentar a algunos elementos más dispuestos a seguir la nueva corriente, a aliarse con nuevos elementos, ajenos al origen jacobino, y a hacer retroceder, expulsar, incapacitar y decapitar a aquellos elementos que reflejaban los intereses y las pasiones de las clases bajas urbanas, los *sans-culottes*. A su vez, estos estratos más bajos ya no sentían la misma confianza en su poder que antes, al sentir la presión de los nuevos elementos propietarios y del aparato estatal que protegía en gran medida a los propietarios.

El primer cambio de poder se manifestó en el movimiento dentro del mismo viejo partido gobernante: unos jacobinos expulsaron a otros. Pero eso también fue (por usar las palabras de Lenin) un peldaño, un puente, un escalón, por el que más tarde la gran burguesía, encabezada por Bonaparte, subiría al poder.

¿Existe peligro de termidor en nuestro país? Esta cuestión significa: (a) ¿Existe peligro de restauración burguesa en general? (b) ¿Hay razones para pensar que esta restauración *no* se llevaría a cabo de una sola vez, de un solo golpe, sino a través de cambios sucesivos, produciéndose el primer cambio de arriba abajo y, en gran medida, dentro de un mismo partido; un cambio de los elementos que representaban el impulso ascendente de la revolución a elementos que se adaptan a su giro descendente?

Negar el peligro de una restauración burguesa para la dictadura del proletariado en un país atrasado y rodeado por el capitalismo es inconcebible. Solo un menchevique o un auténtico capitulador que no comprenda ni los recursos internacionales ni los internos de nuestra revolución podría hablar de la *inevitabilidad* de un Termidor. Pero solo un burócrata, un charlatán o un fanfarrón podría negar la *posibilidad* de un Termidor. Por supuesto, solo hablamos de la posibilidad, solo del peligro, en el mismo sentido que lo hizo Lenin cuando dijo que ninguna fuerza en el mundo podría revertir la revolución agraria, pero que nuestros enemigos aún podrían arrebatarnos la revolución socialista.

Pero la restauración burguesa, en términos generales, solo es concebible bien en forma de un vuelco decisivo y brusco (con o sin intervención), bien en forma de varios giros sucesivos. Esto es lo que Ustryalov denomina “bajar la cuesta con los frenos puestos”. Por supuesto, cuando se baja la cuesta con los frenos puestos, las cosas no siempre salen bien, sin lesiones, como demostró la propia Revolución Francesa. El 9 de termidor se complementó con el 18 de brumario.

Así pues, mientras la revolución europea no haya triunfado, no se pueden descartar las posibilidades de una restauración burguesa en nuestro país. ¿Cuál de los dos caminos posibles es el más probable en nuestras circunstancias: el camino de un cambio

contrarrevolucionario abrupto o el camino de cambios sucesivos, con una pequeña sacudida en cada etapa y un giro termidoriano como etapa más inminente? Esta pregunta solo puede responderse, creo, de manera extremadamente condicional. En la medida en que no se puede negar la posibilidad de una restauración burguesa en general, debemos estar atentos a *cualquiera* de estas variantes (con o sin frenos) para sopesar las probabilidades y señalar los elementos que contribuyen a una u otra. En política, al igual que en economía, sigue planteándose la misma pregunta: ¿quién prevalecerá?

En el XI Congreso, Lenin esbozó brillantemente la forma en que podría producirse un giro termidoriano en el poder. Abordó la cuestión desde el plano cultural, que, por supuesto, está estrechamente vinculado tanto a la política como a la economía: “La historia conoce todo tipo de metamorfosis. Basarse en la firmeza de las convicciones, la lealtad y otras espléndidas cualidades morales no es, en absoluto, una actitud seria en política... De niños, en nuestras clases de historia, nos decían: a veces una nación conquista a otra, y la nación que conquista es la conquistadora, mientras que la nación vencida es la conquistada. Esto es sencillo e inteligible para todos. Pero, ¿qué ocurre con la cultura de estas naciones? Aquí las cosas no son tan sencillas. Si la nación conquistadora es más culta que la nación vencida, la primera impone su cultura a la segunda; pero si ocurre lo contrario, la nación vencida impone su cultura al conquistador”.

¿Pensaba Lenin que tal degeneración de los administradores era *inevitable*? No. ¿Pensaba que era *posible*? Indudablemente. ¿La consideraba *probable*? En determinadas circunstancias históricas, sí. ¿Significaba esto pesimismo? No; la pregunta en sí misma suena absurda.

(Cabe señalar entre paréntesis en este punto que a uno de los pilares del partido le gastó una mala broma un amigo, quien le mostró el extracto que he citado del discurso de Lenin en el XI Congreso con el pretexto de que se trataba de un artículo suyo. Nuestro “incondicional” del partido no reconoció al verdadero autor y juzgó el discurso de Lenin de la siguiente manera: “Los desvaríos de un anciano; huele a Oposición”).

Así pues, Lenin no consideraba excluida la posibilidad de que, a lo largo de un período prolongado, se produjeran cambios económicos y culturales en dirección a la degeneración burguesa, incluso si el poder permanecía en manos de los bolcheviques; esto podría suceder a través de una asimilación político-cultural discreta entre una determinada capa del Partido Bolchevique y una determinada capa del nuevo elemento pequeñoburgués en ascenso. Con esta misma postura, Lenin reconocía la posibilidad de un punto de ruptura termidoriano y de un cambio en el poder, aunque eso no significa en modo alguno que considerara al partido termidoriano o que se limitara a maldecir a los termidorianos. Al fin y al cabo, es necesario comprender el lenguaje del marxismo.

¿Se están produciendo en el país procesos que puedan generar un peligro muy real de termidor, dadas las políticas ciegamente burocráticas por nuestra parte? Sí, los hay. No me detendré en los kulaks, los comerciantes privados o la presión externa del imperialismo. Todos los conocen. Pero tomemos este ejemplo: en cierta fábrica, el antiguo cuadro de obreros revolucionarios está siendo apartado o simplemente empujado a la oposición por nuevos elementos, a veces personas que ni siquiera vivieron la guerra civil, y entre estos nuevos elementos hay bastantes que, antes de la revolución, eran obedientes a los patrones y, en el primer período de la revolución, se mostraron hostiles hacia los bolcheviques; y ahora estos elementos, como miembros del partido, arremeten contra la Oposición con las mismas palabras que habían utilizado en otra época contra los bolcheviques. Tales “cambios de bando”, incluso en las fábricas, no son infrecuentes. ¿Qué significan? No constituyen una contrarrevolución ni un vuelco, sino una reorganización de los elementos dentro de una misma clase, de un mismo partido, el tipo de reagrupamiento que lleva a la cabeza a aquellos elementos que se adaptan con mayor

facilidad. Del mismo modo, esto reduce la capacidad revolucionaria de resistencia de la clase. ¿Se está produciendo entre nosotros, a mayor escala, una reorganización de elementos siguiendo este patrón? Yo sostengo que sí. La lucha frenética contra la Oposición es, de hecho, un método que facilita la reordenación de fuerzas indicada en el interior del partido, bajo la presión de las clases no proletarias. En esto consiste el proceso más peligroso, un proceso que puede facilitar en gran medida el objetivo de los elementos termidorianos del país de atacar al partido.

Frente a nuestras advertencias sobre el peligro del Termidor, argumentan que en nuestro país existe una correlación de clases diferente a la que había en Francia, etcétera, etcétera. Pero nosotros también intuimos que la base de los bolcheviques no es el preproletariado del siglo XVIII, sino la clase obrera industrial del siglo XX. Y hemos oído hablar de que la Revolución Francesa no tenía una salida aparente, ya que Francia estaba rodeada de países feudales más atrasados. Nuestra revolución, por el contrario, tiene una salida, pues estamos rodeados de países capitalistas más avanzados. La contrarrevolución en Francia fue una *inevitabilidad* histórica absoluta. En nuestro caso, es solo una *posibilidad* en el caso de una combinación excepcionalmente desfavorable de circunstancias internacionales en el futuro y de políticas internas excepcionalmente erróneas.

Uno de los actuales “desarmadores teóricos” del partido ha citado a Marx en el sentido de que no hay razón para revestir la revolución proletaria con un traje del pasado y ha sacado de ello la conclusión tonta y edulcorada de que no hay razón para hablar de Termidor. Uno puede envolverse en la toga del pasado para esconder, de sí mismo y de los demás, la insignificancia de su papel histórico. Eso no debe hacerse. Pero se pueden y se deben buscar analogías con el pasado y aprender de los ejemplos del pasado. En 1902 [en realidad, 1904] Lenin escribió que un socialdemócrata es un jacobino que ha vinculado su destino al movimiento revolucionario de la clase obrera. En aquella época, hace veinticinco años, yo mismo aproveché la ocasión para rebatir a Lenin argumentando que la Revolución Francesa fue una revolución pequeñoburguesa y que la nuestra es una revolución proletaria, que no había necesidad de volver al pasado, a los jacobinos, etc. En resumen, expuse la misma “supersabiduría” que ahora repiten (y a la que añaden mucho más) los críticos de la Oposición. No hace falta señalar que Lenin no comprendía peor que nosotros la diferencia entre el siglo XVIII y el siglo XX, entre los *sans-culottes* y los trabajadores industriales. Sin embargo, tenía toda la razón al seguir el hilo de la continuidad histórica desde los jacobinos hasta el bolchevismo.

La analogía con el Termidor tiene el mismo sentido. Enseña mucho. El Termidor es una forma especial de contrarrevolución llevada a cabo a plazos, a través de varias etapas, y que, en la primera fase, se sirve de elementos del mismo partido gobernante, reagrupándolos y contraponiéndolos unos a otros.

Varios observadores perspicaces han señalado el hecho de que el grupo de Robespierre seguía en el poder el 9 de termidor y no se encontraba en la oposición. Resulta totalmente ridículo darle tanta importancia a eso. Nadie está hablando de una identidad exacta entre ambos procesos. Si los termidorianos no hubieran guillotinado al grupo de Robespierre de inmediato, sino que se hubieran limitado al poder de forma gradual (digamos que al principio solo les hubieran “dado una lección”), el grupo habría acabado en la oposición. Y, por otra parte, no nos faltan termidorianos ya consolidados que reclaman acelerar las medidas de represalia física contra la oposición. Lo que está en juego aquí son cuestiones técnicas, y no la esencia política del proceso.

No tengo la más mínima duda de que, a partir de estas palabras mías, alguien sacará la conclusión (y la difundirá ampliamente) de que nuestra revolución está condenada, de que ante nosotros solo se abre el camino de Termidor, de que nuestro

partido es termidoriano, de que el desarrollo socialista es imposible, etcétera, etcétera. Considero que este método de “manipular a las masas” es uno de los síntomas más malignos de la influencia de las tendencias termidorianas en el aparato de nuestro propio partido. Se trata del desarme espiritual del proletariado, de la anestesia del partido, de la eliminación de las fronteras ideológicas y políticas entre la derecha y la izquierda, entre revolucionarios y oportunistas, entre la socialdemocracia y el bolchevismo. El desarme teórico y la narcotización política del partido facilitan la labor de las tendencias termidorianas. Contra ese desarme, la Oposición ha librado, y seguirá librando, una lucha irreconciliable, precisamente porque no considera en modo alguno que un Termidor sea inevitable.

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)



germinal_1917@yahoo.es